



# SUJETO, PAISAJE Y TERRITORIALIDADES FRONTERIZAS<sup>1</sup>

Puente Internacional Simón Bolívar. Fuente: Archivo Fotográfico M. Valero M.

Recibido: 30-07-2022  
Aceptado: 10-09-2022

Mario Valero Martínez<sup>2</sup>  
Universidad de Los Andes, Venezuela  
mariovalerom@gmail.com

**Resumen:** El planteamiento expuesto en este texto, gira en torno al paisaje como expresión de las acciones humanas en los territorios. Desde la perspectiva geográfica, se propone descifrar el significado que tiene el paisaje para el sujeto como expresión de las interacciones socioespaciales y al mismo tiempo comprender al sujeto como hacedor del paisaje en sus vivencias y convivencias cotidianas. En este enfoque se abordan los afectos, arraigos y territorialidades como procesos culturales de identificación en el paisaje habitado. Estos procesos tienen particulares manifestaciones en los espacios de frontera que en este texto se ejemplifican en sucintas consideraciones sobre las movilidades circulares en el occidente venezolano y las vecindades limítrofes colombianas.

**Palabras clave:** Territorio; sujeto; paisaje; territorialidad; habitar; Fronteras.

---

1. Ponencia presentada en el XIII Seminario Bordes: Madre Tierra: capas, frutos, agua, minerales y otros elementos primigenios, celebrado los días 8 al 10 de septiembre del 2022 en la ciudad de San Cristóbal, Táchira- Venezuela. Disponible en: <https://youtu.be/K19vC8zGPh0>. Este artículo se deriva de la investigación titulada: Estudio de los complejos cambios socioespaciales surgidos en las fronteras de Venezuela desde la segunda mitad del presente siglo y la exploración de alternativas para la reconstrucción de las oportunidades sociales orientadas al desarrollo humano fronterizo, aprobado por el Consejo de Desarrollo Científico Humanístico Tecnológico (CDCHT)/ULA, código NUTA-H-417-21-09-B.

2. Profesor Titular e Investigador en la Universidad de Los Andes-Venezuela. Doctor en Geografía e Historia por la Universidad Complutense de Madrid. España, Programa Geografía Humana: Territorio y Sociedad. Magister en Ciencias Políticas por la Universidad de Los Andes Venezuela, Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina (CPESAL). Investigador activo del Consejo de Desarrollo, Científico, Humanístico, Tecnológico y de las Artes (CDCHTA) Universidad de Los Andes-Venezuela. <https://orcid.org/0000-0002-5696-762X>.

## Subjects, landscapes and border territorialities

**Abstract:** The approach presented in this text revolves around the landscape as an expression of human actions in the territories. From the geographical perspective, it is proposed to decipher the meaning that the landscape has for the subject as an expression of socio-spatial interactions. At the same time, this work aims to understand the subject as the maker of the landscape in his daily experiences and coexistences. Here, affects, roots and territorialities are addressed as cultural processes of identification in the inhabited landscape. These processes have unique manifestations in the spaces of national borders. These processes have particular manifestations in border spaces that are exemplified in this text in succinct considerations on circular mobilities in western Venezuela and the Colombian border neighborhoods.

**Keywords:** Territory; subject; landscape; territoriality; inhabiting; borders.

*Es en nosotros donde los paisajes tienen paisajes.*

*Por eso los imagino, los creo; si los creo existen;*

*si existen los veo como a los otros.*

Fernando Pessoa

### 1. Nota introductoria

El paisaje suele presentarse desde variadas imágenes, percepciones, impresiones, reflexiones teóricas, incluso desde opuestos vértices interpretativos. En las predominantes apreciaciones cotidianas de la gente, la naturaleza se identifica como el paisaje objeto de vislumbrada armonía; se trata casi siempre de sublimes descripciones de las vivencias obtenidas en contactos con la biodiversidad de los lugares seleccionados que se exploran para el recogimiento, el refugio y el disfrute momentáneo (Figura 1). Desde otros ángulos se alude al paisaje asociado a los espacios construidos, valorados y elogiados en sus emplazamientos, entornos, diseños y escalas; en estos casos las referencias prevalecientes se inscriben en imágenes selectivas que



Figura 1. La Gran Sabana. Fuente: Archivo Fotográfico M. Valero M.

están relacionadas con la estética y el agrado del lugar habitado, pero también de los efectos emocionales derivados, por ejemplo, de las incursiones programadas en los paseos del turismo convencional (Figura 2). Aunque, sin duda, estos ámbitos son inherentes al paisaje y lucen atractivos al presentarse en espléndidas panorámicas que tienden a resaltar cualidades simétricas, formas, colores, afectos, encantos y hasta misticismos, sin embargo, desde otras perspectivas se coincide en argumentar que el paisaje es algo más que la faceta admirada del ambiente natural y la grata fachada edificada en el lugar habitado o visitado; tampoco se ciñe a la mirada en conjunto de ambos ámbitos (Figura. 3) y es más denso y penetrante que la trillada frase hasta donde la vista nos alcance.

En esta última orientación, la propuesta explorada en este texto se enfoca en la inseparable relación entre ser humano, territorio y paisaje, entendiendo que el paisaje es la expresión de las acciones humanas en sus indesligables entretrejimientos socioespaciales y territoriales que involucran intersubjetividades y convivencias plurales, así como las simbologías representativas emergentes de eventos y acontecimientos integrados a las identificaciones, los afectos y arraigos establecidos en los territorios habitados que, junto a sus entornos geo-ambientales, conforman los paisajes que se proyectan y al mismo tiempo construyen, reconstruyen y comunican los sujetos. Desde este punto de vista, la primera parte del artículo revisa las propuestas de algunos autores que han servido de sustento reflexivo en las búsquedas para la comprensión de la relación entre sujeto, territorios y paisajes que se asume desde la perspectiva geográfica en la segunda parte de este texto. En la tercera parte se hay una aproximación a la relación fronteras-paisaje de los habitantes en el suroccidente venezolano y sus contigüidades vecinales con Colombia.

## 2. Versiones y visiones

El entretrejimiento entre sujeto y paisaje más allá del acto contemplativo ha seducido a estudiosos de variados campos disciplinarios, volcados a descifrar y comprender su significado humano y



Figura 2. Panorámica de Belo Horizonte.  
Fuente: Archivo Fotográfico M. Valero M.



Figura 3. San Cristóbal.  
Fuente: Archivo fotográfico M. Valero M.

los contextos en que se configuran. Simmel (2014) reflexionó sobre la espiritualidad y el proceso anímico mediante el cual el sujeto convierte el mundo exterior, las cosas vistas, en paisaje, pero esto no lo atribuye sólo a las cualidades externas, tampoco a la sumatoria de elementos puntuales de la naturaleza. Lo propone como un proceso exclusivamente humano que “posee una tonalidad espiritual sólo al ser visto como unidad y no antes, en la mera suma de elementos dispares” (p. 18), puesto que el paisaje no es una yuxtaposición de árboles y colinas, riachuelos y piedras, para luego señalar que la tonalidad y el surgimiento del paisaje configuran la unidad de todos sus elementos que “vienen a ser un único e idéntico acto, como si todas las capacidades del alma, las que se ven y las que se sienten, expresan al unísono cada una en su tono, una misma palabra” (p. 22). El paisaje se presenta como la relación entre experiencia y creatividad del sujeto que lo espiritualiza en la conciencia a través de un proceso anímico de conformación autónoma, unificación y afinidad con el mundo exterior.

En otro punto de vista Watsuji (2006) se interesó por la ambientalidad, definida en la conexión clima-paisaje como elemento estructural de la existencia humana. La propuesta marcó distancia con las posturas orientadas a observar la exclusiva relación entre el paisaje y la naturaleza predominante en el objeto de estudio de las ciencias naturales, para asumir desde la antropología, la perspectiva fenomenológica enfatizada en la vivencia del paisaje como parte de la vida cotidiana. En la ambientalidad esta vivencia no se reduce a estrictas vinculaciones con los fenómenos de la naturaleza y se pone el acento en los “factores de la fenomenología del paisaje relacionada con la autocomprensión del ser humano en su doble estructura individual e histórica” (p. 31). En esa perspectiva observa el inseparable nexo entre geografía e historia, que a su vez se refleja en la unión entre el paisaje y la cultura. Clima y paisaje (ambientalidad) se presentan como condicionantes de la existencia humana y sirven para orientar el análisis de la estructura de la vida cotidiana, lo que supone valorar la interdependencia entre paisaje y sujeto intrínseca en toda práctica socioespacial.

En el campo de los estudios geográficos Sauer (2011) propuso la influyente tesis concerniente al paisaje como concepto para alcanzar la unidad del objeto de estudio de la geografía, sosteniendo que su objetivo se debería orientar al establecimiento de “un sistema crítico que abarque la fenomenología del paisaje con el propósito de aprender en todos sus significados y color la variedad del sistema terrestre” (p. 5).

En esa dirección plantea descartar el paisaje como simple escenario de contemplación, para destacar la interrelación que se establece entre las cualidades inmersas en los elementos físico-naturales (paisaje natural) y los atributos culturales presentes en la intervención, importancia y uso asignados por los seres humanos a un lugar determinado. El paisaje no se considera una imposición de la naturaleza, sino una derivación de la mente humana, moldeado en su expresión cultural, con identidad propia, individualidad y límites que lo diferencian y al mismo tiempo lo relacionan con otros paisajes; en esta perspectiva Sauer señala que “la cultura es el agente, el área natural es el medio y el paisaje es el resultado” (P.9). Bajo estos argumentos propone que el objeto de estudio de la geografía se debe sustentar en la realidad unificadora de los elementos físicos y culturales del paisaje que constituyen el reflejo del trabajo de los seres humanos en un lugar dado.

En la década de los años cincuenta del siglo pasado Dardel (2013) escribió unas cortas pero densas notas sobre el paisaje en un contexto reflexivo concerniente al objeto de estudio de la geografía, enfocado en la inseparabilidad del hombre y la tierra. En este campo propone descifrar lo que la tierra devela al ser humano sobre su existencia como realidad geográfica, otorgando sustancial valoración al espacio geográfico en todas sus dimensiones y atributos. La tierra se presenta como morada del hombre ligada al espacio concreto de sus vivencias y argumenta que desligar esa atadura implicaría obviar la condición del hombre como un ser espacial, también reflejada en sus obras materiales como un ser constructor de espacios. La geografía señala Dardel, al tomar “la realidad del mundo como espacio y el espacio como rostro de la tierra, expresa una inquietud fundamental del hombre. Responde a un interés existencial que no puede apagar el propósito de invertir en el hombre como objeto de conocimiento” (p. 160). En este planteamiento geográfico centrado en la atención del sujeto y sus relaciones espaciales se inscriben las atractivas notas sobre el paisaje.

Ser humano, tierra y paisaje se entretajan en el interés del conocimiento geográfico y en Dardel se sugiere pensar el paisaje integrado a la vida del sujeto al sostener que “más que una yuxtaposición de detalles pintorescos, el paisaje es un conjunto, una convergencia, un momento vivido. Un vínculo interno una 'impresión' une todos sus elementos” (p. 90). Con esta visión integral buscaba trascender las barreras impuestas a las miradas del paisaje desde el exterior del sujeto tan característico en los reduccionismos cientificistas de entonces, tal como se desprende de las referencias hechas por el autor citado, para reafirmar la importancia del paisaje como vínculo existencial del hombre y la tierra.

El paisaje, arguye, “en su esencia, no está hecho para ser contemplado, sino como una inserción del hombre en el mundo, lugar de combate por la vida, manifestación de su ser frente a los demás, base de su ser social” (p. 92). En esta postura está presente la recurrente idea del paisaje como expresión de la existencia humana indesligable de su relación con la tierra, pero no se restringe al espacio habitado y el momento vivido, también alude a la impronta desvelada en el paisaje pues, afirma Dardel, aún en su ausencia el paisaje presupone la presencia del ser humano, expresión asimismo de la historia del lugar.

Interesa subrayar de estos enfoques el tejido establecido entre los seres humanos y el paisaje, al involucrar proceso anímico, cotidianidad, vivencias, ambientalidad, esfera cultural vinculadas a la inseparable relación de los seres humanos y la tierra, tópico que ha cautivado vasto interés en la historia de la humanidad. No son los únicos enfoques orientados en esa dirección, pero las referencias de los autores citados se valoran en tanto que en ellas se hallan sustanciales elementos que nutren la reflexión para observar y comprender el indisociable nexo entre sujeto, territorio y paisaje especialmente en lo concerniente a las geografías personales de identificación y arraigo que también tienen su expresión en el paisaje resultante (Figura 4).



Figura 4. Paramo andino. Fuente: Archivo fotográfico M. Valero M.

### 3. Territorio y paisaje, la mirada exploratoria

El acercamiento al paisaje como expresión de las interacciones de los seres humanos y el territorio se asume desde un punto de vista geográfico, campo de conocimiento que desde la escolarizada formación básica se enseña en su etimología griega como descripción de la tierra y sobre la cual Dardel (Ob. Cit., p. 56) propuso una definición más rigurosa al apuntar que el término griego sugiere que “tierra es una escritura por descifrar: que el contorno de una orilla, las sinuosidades de un río, el perfil de una montaña son signos de esa escritura” para luego agregar que el conocimiento geográfico tiene por objeto dilucidar lo que la tierra devela al ser humano sobre su condición y su destino. (p. 56). Aun considerando las transformaciones en el campo del interés geográfico, sus tendencias contemporáneas y los avances científico-técnicos en la exploración del planeta, la lectura propuesta por el autor citado, incitando a desentrañar la relación de los seres humanos con la tierra ha sido una constante y es un propósito vigente que se extiende más allá del estricto ámbito geográfico. Siempre surgirán las interrogantes y nuevas preocupaciones que involucran los cambiantes vínculos del ser humano y la tierra.

Y en nuestra particular lectura se sugiere que el espacio objeto de estudio de la geografía, indesligable de las acciones humanas en sus configurados territorios, busca comprender las convivencias en diferenciadas organizaciones socioespaciales, las conexiones y movi­lidades establecidas en diversas escalas que entretejen ámbitos culturales, biofísicos y ciberespaciales. Importa, por tanto, el significado dado al ser humano y sus prácticas espaciales en tanto que construye, recorre y reconstruye espacios, los explora, los vive, los organiza y convive en sus temporalidades. Las estructuras y las relaciones socioespaciales son multiformes, abarcan desde el Estado-Nación, la región, la ciudad, la ruralidad, la urbanización, el barrio hasta los lugares más íntimos del habitar, conformando complejos sistemas vinculantes determinados en gran medida por los entendimientos, concertaciones y diferencias, que surgen en escenarios de acciones, tensiones y reacciones derivados de los intereses individuales y sociales, que se desplazan en múltiples direcciones y diferenciadas escalas territoriales (Valero, 2021); pero el interés geográfico se extiende a las sensibilidades, afectos y arraigos que tejen los seres humanos en las intersubjetividades y demás interacciones socioespaciales en los territorios del hábitat.

Al hacer referencia al territorio comúnmente se hace alusión, al menos, a cuatro definiciones, una primera de orden jurídico referido a la jurisdicción político-administrativa de los estados nacionales; la segunda se circunscribe a divisiones administrativas al interior de esos estados; una tercera la restringe a segmentaciones militarizadas de control ciudadano; una cuarta lo conceptualiza como soporte y contendor del medio físico, de los recursos y las relaciones sociales. En nuestra posición las dos primeras se reconocen como realidades con útiles e históricos usos funcionales; la tercera se cuestiona en su propósito represivo que coarta las libertades; y no se comparte la apreciación del territorio como receptáculo de recursos y eventos. Por el contrario, el territorio se entiende como organización de la sociedad, resultado de procesos culturales y políticos, ámbito de prácticas socioespaciales y de interacciones humanas en diferentes escalas geográficas; visto así, es también configuración de arraigos y pertenencias que definen territorialidades individuales y sociales que forman parte de los paisajes proyectados.

Siguiendo a Jordan (1996, p. 33) la territorialidad es una forma de ver el territorio como expresión de la naturaleza social de los seres humanos, vinculada a emocionalidades de familiaridad y seguridad, que pueden tener identificación “en el sentido de que la asociación con un territorio particular (barrio, ciudad, país) se vive como un aspecto central de la propia definición del individuo”. Sin embargo, la territorialidad no es simple filiación asociada al significado toponímico del lugar ni responde solo a demarcaciones del espacio físico, es la expresión de valoración y afectividad, en el ámbito de posesión y dominio establecido con el territorio habitado. Venturi (2008, p. 126) sostiene que habitar es construir, tener lugar, crear un paisaje y en ese punto de vista asume que la relación entre el individuo y donde se habita “da lugar a un estado emotivo, creativo, a una conmoción. El lugar aferra y dirige las sensaciones y las emociones, estimula el nacimiento de los paisajes y de toda la cultura” (p. 126). El entretejimiento entre territorialidad, pertenencia y arraigo, sin embargo, puede ser mutable derivado de las moviidades y mudanzas individuales y sociales, o como consecuencia de las alteraciones o transformaciones que se podrían presentar en un lugar; en estas circunstancias gradualmente se generan procesos de desarraigo, se rehacen los afectos y se asumen otros hábitos, al tiempo que se construyen nuevos arraigos, se incursiona en otros territorios y se asumen otros paisajes



El paisaje es una presencia constante en el ser humano, revela, retrata y relata formas de vida, es parte de sus historias y memorias geográficas que se rememoran en sus significados y sensibilidades, entornos y sonoridades, gustos y formas, también en las relaciones humanas y las convivencias cotidianas. La valoración de las memorias las plantea Bachelard (2002, p. 36) a propósito de la evocación de la casa y restitución de los lugares vividos, al sugerir que “los recuerdos de las antiguas moradas se reviven como ensueños, las moradas del pasado son en nosotros imperecederas”. Y los paisajes son hitos y simbologías relevantes para el sujeto que se exteriorizan en diversas memorias, se recapitulan con afectividad y regocijo, se evocan en imágenes e imaginarios de la desolación, se recuerdan desde ingratas experiencias socioespaciales. Schlögel (2007, p. 240) sostiene que las imágenes de los paisajes a veces “pasan al trasfondo por mucho tiempo. Pero pronto, en un momento de conmoción, pueden volver a estar ahí frescas como el primer día. No están impresas en ninguna parte, no se pueden leer en letras de molde, pero se han grabado hondo”, Son imborrables, no sucumben en el tiempo, forman parte de la memoria geográfica. Visto así, el ser humano trajina entre los paisajes cotidianos del presente y, usando una metáfora de orientación espacial, paisajes portátiles que representan el espacio-tiempo vivido y comunican la impronta que deja el lugar habitado.

El paisaje como expresión del territorio, insistimos, no se ciñe sólo a superficiales imágenes capturadas de lo visibilizado; mirar fachadas y contemplar las estéticas de los lugares hasta donde la vista nos alcance, seguramente ofrecen al sujeto-espectador selectivas panorámicas más o menos agradables de las edificaciones materiales o del entorno natural. El paisaje entraña otros significados íntimos en la vida de los seres humanos al formar parte de sus vivencias, hábitos, interacciones socioespaciales e identificaciones cultivadas en el territorio habitado. Martínez de Pisón (2014, p. 305) en su atractivo libro dedicado a la obra de Jules Verne sostiene que el paisaje es un modo cultural de ver el territorio y entenderlo como paisaje es un acto plenamente humano y agrega “está claro que el paisaje no es sólo lo que veo, sino donde estoy y donde vivo, porque no me encuentro únicamente frente a un paisaje sino dentro de él. Lo vivo, diálogo con él” (p. 305). Ese estar se puede interpretar como el simultáneo proceso del sujeto que edifica, modifica y se sitúa en el paisaje y, al mismo tiempo, el paisaje creado y asumido en su geografía personal, tejido en los acontecimientos, eventos, experiencias en el espacio donde mora y cohabita.

Habitar en el paisaje es consubstancial a las propias organizaciones socioespaciales que, como hemos señalado, es inseparable de los procesos culturales de identificación en diversas escalas territoriales, aunque esto es especialmente complejo cuando se trata de los ámbitos fronterizos en los territorios nacionales ¿Cómo abordar los paisajes en estos territorios? Tal interrogante no tiene estandarizada respuesta debido a las singularidades de los espacios de fronteras las cuales requieren particulares observaciones para descifrar las texturas y tesituras del ser fronterizo en ámbitos de diferenciadas y contiguas circunscripciones territoriales. En esta perspectiva se dedican unos párrafos a los paisajes de fronteras desde la exploración de los elementos significativos que caracterizan habitar en los espacios urbano-fronterizos del occidente Venezolano en las vecindades colindantes con Colombia (Figura 5), tratando de responder a la interrogante anterior en correspondencia con el enfoque dado al paisaje.

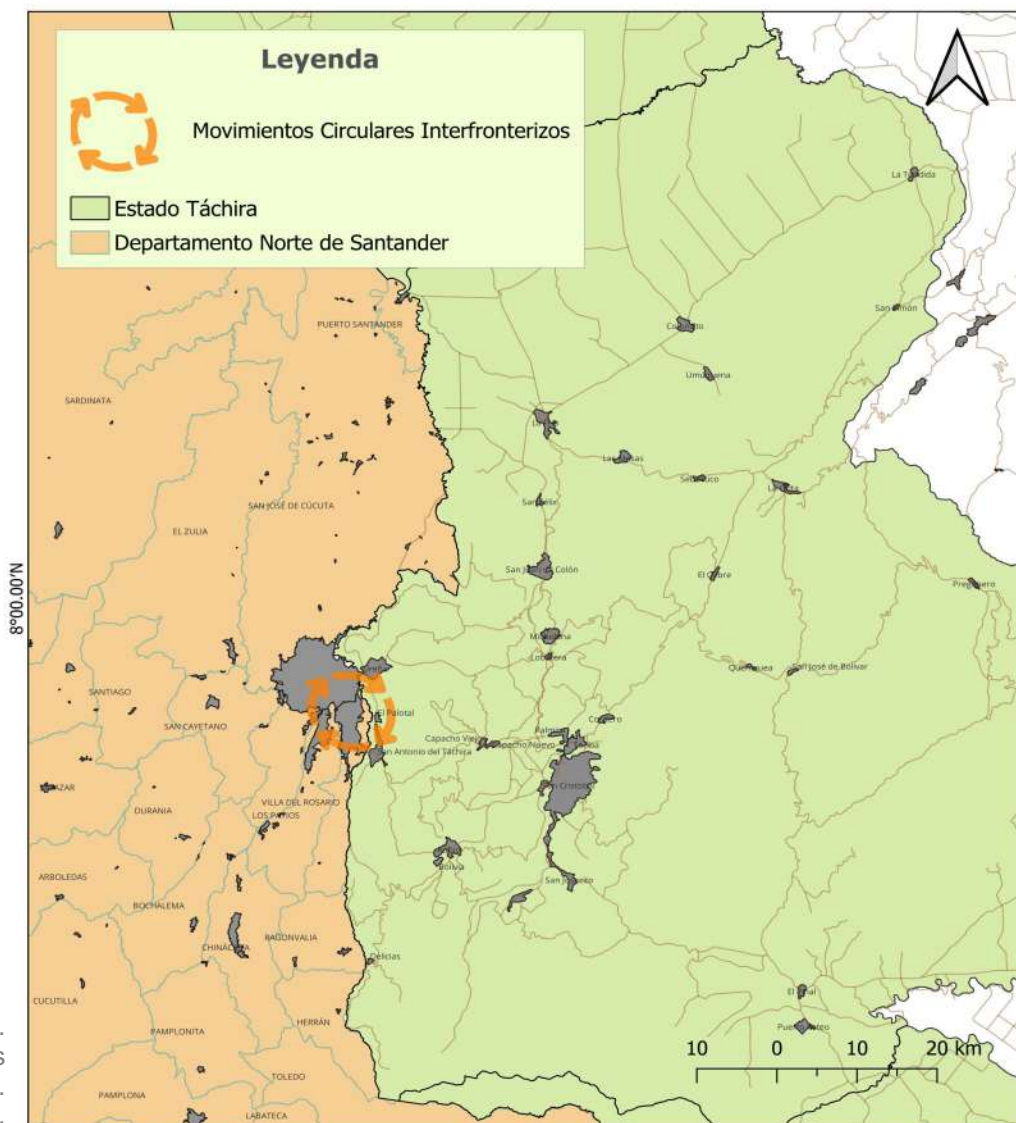


Figura 5.  
Movimientos  
humanos fronterizos.  
Autor: M. Valero M.

#### 4. Fronteras sin barreras

Uno de los rasgos observables en la fisonomía del paisaje en las ciudades fronterizas venezolanas se delinea en los permanentes movimientos e intensos flujos establecidos con las colindantes vecindades colombianas, conformando una compleja trama tipológica con diferenciados fines que entretejen desplazamientos pendulares o de ida y vuelta realizados por frecuentes y esporádicos visitantes del mercadeo transfronterizo; circulación de mercancías a escalas nacionales en tiempos de fronteras semiabiertas; movimientos migratorios -de ayer y hoy- en sus unidireccionales rutas que incluyen en sus cartografías las travesías por pasos formales e informales de los límites fronterizos; movilidades circulares de los habitantes de fronteras que históricamente comparten su vida cotidiana entre territorialidades y vecindades limítrofes, favorecidas por las proximidades geográficas y las variadas vías, senderos, puentes y otros canales de comunicación que facilitan los entrecruzamientos y las relaciones interfronterizas. En primera panorámica contemplativa se podría afirmar que el paisaje resultante es reflejo de las predominantes movilidades territoriales binacionales (Figura 6).



Figura 6. Puente Internacional Simón Bolívar. Fuente: Archivo Fotográfico M. Valero M.

Sin embargo, al adentrarse en estas fronteras urbanas para examinar los atributos particulares de los movimientos circulares, el paisaje tiene otros significados para el sujeto que habita entre vecinales espacios fronterizos, determinados por las rutinarias prácticas socioespaciales que difuminan las delimitaciones territoriales y recrean sus geografías

personales de ciudadano-habitante que moldea su condición de ser fronterizo; configurando, paradójicamente, los paisajes sin barreras. Habitar en estos paisajes entrañan las convivencias interculturales cotidianas a partir del reconocimiento mutuo de las diferenciadas identificaciones nacionales de sus moradores, así como la construcción de canales no convencionales utilizados para el recíproco beneficio derivado de las asimetrías comerciales de los espacios inmediatos, pero también para la impronta que van dejando las interacciones humanas en influencias musicales, gastronómicas, modismos, modas y otras singularidades asumidas en la cotidianidad del ser fronterizo. Territorios que, desde otros ángulos, también alojan las precariedades humanas desplegadas en los bordes socioespaciales de la subsistencia y perceptibles en abiertas panorámicas del paisaje sin barreras.

Vivir en estos paisajes, vistos desde el occidente fronterizo venezolano, implica sortear, cada cierto tiempo, las presiones originadas en conflictos geopolíticos nacionales por desencuentros bilaterales, que proyectan en las fronteras los imaginarios escenarios bélicos; las violencias de grupos armados y bandas criminales de variada naturaleza que se disputan el control de enclaves territoriales fronterizos; también ha comportado evadir las imposiciones gubernamentales de obstáculos materiales y las obturaciones al libre movimiento humano, impidiendo o coartando las tradicionales relaciones interfronterizas, o soportando las permanentes represiones y extorsiones en los rugosos espacios copados por diversos organismos de la seguridad estatal (Figura 7):



Figura 7. Puente Internacional Simón Bolívar.  
Fuente: Archivo Fotográfico M. Valero M.

Si se comparte que el paisaje es la expresión del territorio, sin duda es reflejo de libertad u opresión, vínculo de goce o reflejo de limitaciones o cercenamientos de los derechos humanos y en esa dualidad viven los habitantes de fronteras, incluso en tiempos de controlados horarios de apertura fronteriza. Concordando con Camblong (2009, p. 131) “se trata no sólo de habitar, sino también de un modo de habitar. Los habitantes de los bordes se habitúan a los desbordes y a los contrasentidos. Se podría decir que el habitante de fronteras es un habitué de la entropía”. En suma, se podría afirmar que, a pesar de las compuertas y los obstáculos, los habitantes del suroccidente fronterizo venezolano viven entre los diferenciados territorios nacionales y el indiferenciado paisaje sin barreras, configurado en los movimientos circulares de la cotidianidad interfronteriza.

## 5. Conclusiones

Al buscar comprender el paisaje no sólo como acto contemplativo del horizonte, las indagaciones han conllevado a explorar las útiles miradas puestas en el ser humano en su íntima relación con el paisaje, contribuyendo a interpretarlo como resultado de las acciones humanas en el territorio habitado y desde esta perspectiva observar al sujeto como creador y al mismo tiempo habitante del paisaje, que reflejan las conexiones socioespaciales, sus intersubjetividades, y el sentido de arraigo y pertenencia expresados en las territorialidades construidas.

Visto así, el paisaje se considera como un componente de alta valoración para descifrar y comprender las dinámicas socioespaciales y los atributos territoriales, como bien lo señala Besse (2010, pp. 120-121) “leer el paisaje es extraer formas de organización del espacio, extraer estructuras, formas, flujos, tensiones, direcciones y límites, centralidades y periferias”. Pero también, como se ha señalado a lo largo del texto, en el paisaje se manifiestan las formas de vivir los espacios en sus cotidianidades, tal como se ha intentado demostrar para las fronteras del occidente venezolano.

En este caso, al acudir al paisaje como expresión de modos de vida fronterizos nos ubicamos en una exploratoria que prescinde de las imágenes planas que comúnmente sólo proyectan descripciones antagónicas de los límites-fronterizos, ausentes de referencias al paisaje, para poner el foco de atención en los sujetos que viven entre espacios de fronteras nacionales y construyen indiferenciados paisajes en las rutinas de sus vidas cotidianas. Este es un campo exploratorio

abierto y las reflexiones sobre el paisaje expuestas en este texto se derivan de las investigaciones permanentes sobre las fronteras de Venezuela.

Lamentablemente en estudios sobre estos tópicos se presta escasa importancia al paisaje, en pocos casos se atenúa su presencia con referencias generalizadas a los elementos biofísicos, en otros se achica su horizonte con los identificadores toponímicos de los territorios y en posturas más extremas se aboga por las fragmentaciones territoriales, exhibiendo los límites fronterizos como compartimientos estancos que ignoran el paisaje. En todo caso es paisaje es un atributo territorial útil para explorar también las dinámicas fronterizas, insisto, un campo indagatorio inexplorado.

## Bibliografía

- Bachelard, G. (2002). *La poética del espacio*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Besse J-M (2010). *La sombra de las cosas. Sobre paisaje y geografía*. Madrid. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid.
- Camblong A. (2009). Habitar la frontera. En: *Frontera*. Editora T. Velázquez. Buenos Aires. Editorial La Crujía. Pp. 125-133.
- Dardel E. (2013). *El hombre y la tierra. Naturaleza de la realidad geográfica*. Madrid. Editorial Biblioteca Nueva.
- Jordán T. (1996). La psicología de la territorialidad en los conflictos. En: *Psicología Política* N.º 13. Pp. 29-62. Valencia.
- Martinez de P. E. (2014). *La Tierra de Jules Verne*. Madrid. Forcola Ediciones
- Sauer, Carl O. (2011). *La morfología del paisaje*. Geografía en Español – Traducciones [Colombia], N.º 5: Pp.1-25. Documento online, acceso [insertar aquí fecha de consulta]: [http://www.geografiaenespanol.net/Sauer\\_GeE\\_5.pdf](http://www.geografiaenespanol.net/Sauer_GeE_5.pdf). [Originalmente en inglés: “The morphology of landscape,” University of California Publications in Geography, 2 (2), pp. 19-54, 1925]

- Schlögel, K. (2007). *En el espacio leemos el tiempo: sobre la historia de la civilización geopolítica*. Madrid. Editorial Siruela.
- Simmel, G. (2014). *Filosofía del paisaje*. Madrid. Editorial Casimiro.
- Valero M. Mario. 2021. "Outros espaços para a Geografia Política". Em: *Os desafios e os nodos debates na Geografia Política Contemporanea*. Pp. 109-129. Editado por Daniel Azevedo, Ina Elia de Castro y Rafael Winter. Rio de Janeiro: Editorial Terra Escrita
- Venturi M. (2008). Arte, paisaje y jardín. En: *El paisaje en la cultura contemporánea*. J. Nogué editor. Madrid. Editorial Nueva Biblioteca. Pp. 115-140.
- Watsuji T. (2006). *Antropología del paisaje. Climas, culturas y religiones*. Salamanca. Ediciones Sígueme.